

La edad de los rendimientos decrecientes ¿Qué escenarios se presentan en el futuro?

Traducción de Lorenzo Mancini

Según afirma el premio Nobel Paul Krugman, así como otros muchos economistas neoliberales, la crisis no ha logrado "dañar" el motor del capitalismo: ha pasado ya lo peor y, dentro de un tiempo, el crecimiento retomará los niveles de fuerza del pasado. No es necesario recordar que todos los líderes políticos se mueven dentro del mismo horizonte. Incluso la izquierda más radical centra su propia estrategia política en torno a la reanudación del crecimiento, un crecimiento necesario para reavivar el consumo y el empleo. Pero, ¿estamos seguros de que las cosas son realmente de esta manera? Más allá de la cuestión acerca de la deseabilidad de este modelo, ¿las sociedades capitalistas avanzadas (SCA) serán capaces de relanzar un crecimiento que sea estable, sostenido y, posteriormente, proponer un modelo con variaciones significativas frente al desarrollo que ha caracterizado las economías occidentales en años pasados?

Como nos muestra la historia, las sociedades que dieron comienzo al proceso de acumulación capitalista, al menos a partir de la revolución industrial, han estado siempre atravesadas por un crecimiento rápido de la producción y del consumo. En el periodo de posguerra, tras los ajustes que se aplicaron, se retomó de nuevo la senda del crecimiento y se hizo a un ritmo aún mayor que en la época anterior, dando lugar a la etapa que los historiadores han definido como la «edad de oro del capitalismo». Un período marcado por un crecimiento estable y acelerado que, probablemente, fue transformando el mundo de una manera mucho más drástica que cualquier otra fase de análoga duración. Aproximadamente a partir de la mitad de los años setenta, algo parece haber cambiado: «las últimas décadas del siglo XX se han caracteri-

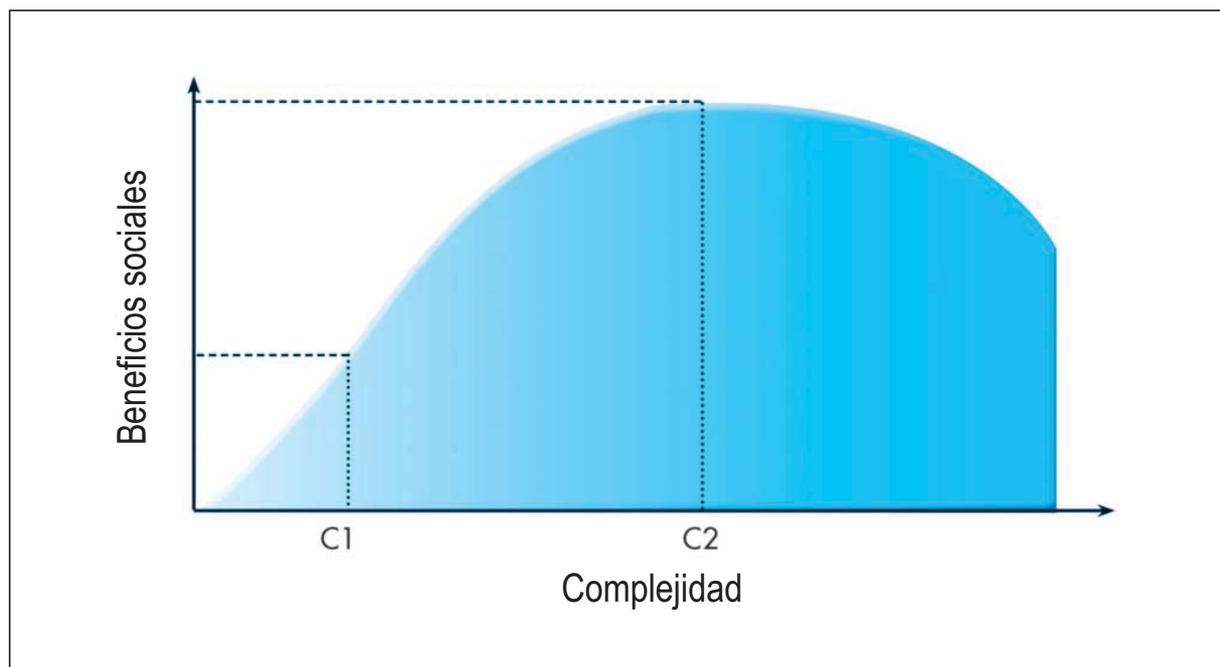
Mauro Bonaiuti es economista y profesor en la Universidad Emilia-Romagna

zado por descomposición, incertidumbre y crisis». ¹ El crecimiento económico en los países capitalistas “avanzados” ha continuado, aunque a un ritmo mucho más lento de como lo hacía con anterioridad, ² lo cual debería llamar nuestra atención a la hora de analizar lo acontecido en el pasado.

La hipótesis que avanzamos alude al hecho de que aproximadamente a partir de la mitad de los años setenta las SCA entraron en una fase de rendimientos marginales decrecientes del capital (*Declining Marginal Returns, DMR*).

El concepto de DMR ha sido utilizado por el arqueólogo y estudioso de la complejidad Joseph Tainter ³ en un estudio que realizó sobre el colapso de las sociedades complejas cuando todavía eran escasos los datos al respecto. La idea sostenida por Tainter es que al crecer la complejidad social, existe un umbral (C_1) más allá del cual los beneficios marginales de ulteriores incrementos de complejidad se reducen, tal y como se muestra en el gráfico siguiente. ⁴

Gráfico 1. Umbral de la complejidad



¹ E. J. Hobsbawm, *Il secolo breve*, Rizzoli, Milán, 1997, pp. 303-307.

² Paralelamente las tasas de desempleo han aumentado: en los años 60 en Europa se situaban alrededor del 1,5%, crecieron hasta el 4,2% en los años 70 y hasta el 9,2% en los años finales de la década de los 80, para finalmente alcanzar el 11% en el año 1993. Véase H. Van der Wee, *Prosperity and Upheaval: The World Economy (1945-1980)*, Harmondsworth: Penguin, 1987, pp. 77.

³ J. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

⁴ La idea ya fue señalada, aunque de manera menos sistemática, por Ivan Illich que fue quien a su vez retomó algunas intuiciones de biólogos y naturalistas de comienzo de siglo como D'Arcy Thompson y J. S. B. Haldane.

Además de lo anterior, la tendencia decreciente de los rendimientos está conectada con el incremento continuado de costes diversos, entendidos en un sentido amplio y no únicamente desde una perspectiva económica.

La idea general es la siguiente: así como la luz atraviesa siempre la distancia más corta que une dos puntos, o se recogen antes los frutos que se encuentran en las ramas más bajas del árbol, de la misma manera las organizaciones sociales eligen siempre como primeras soluciones aquellas que son las más simples. Sólo cuando estas no son suficientes, se utilizan soluciones más complejas y, por ello, también más costosas y con rendimientos menores.

Un ejemplo clásico es el de la extracción minera. En este caso es evidente que se explotarán antes los yacimientos con rendimientos más altos. En este sentido se dispone de un indicador capaz de rendir cuenta exacta de los rendimientos decrecientes de la energía: el *Energy Return On Energy Invested* (EROEI).⁵ En lo que respecta al petróleo, contamos con un valor de EROEI que osciló alrededor de 100 durante los años de la edad de oro del capitalismo, descendiendo a 25 en los años setenta del siglo XX, para llegar hasta el día de hoy a valores comprendidos entre 10-20. El gas natural sigue la misma tendencia temporal y se mantiene en la actualidad con un EROEI que ronda el valor de 20.

Los sistemas complejos, además de utilizar materia y energía, necesitan unos niveles de conocimientos adecuados. Pero estos “sistemas inmateriales”, una vez han alcanzado cierto umbral, presentan rendimientos decrecientes. Es un fenómeno que generalmente tiene que ver con los diversos tipos de organización compleja que existen. Por ejemplo, esto es lo que se evidencia en un estudio exhaustivo de los costes de la educación en EEUU que fue realizado por Fritz Machlup en 1962. El estudio muestra cómo el coste de la educación varía entre el nivel básico –donde se adquieren los conocimientos más generales– y el *college* –donde el sistema de aprendizaje es más especializado–, aumentando un 1.075% por estudiante. En conclusión, entre 1900 y 1960, y conforme aumenta el nivel medio de instrucción, la productividad de la educación entra en recesión, como se muestra en el gráfico siguiente.

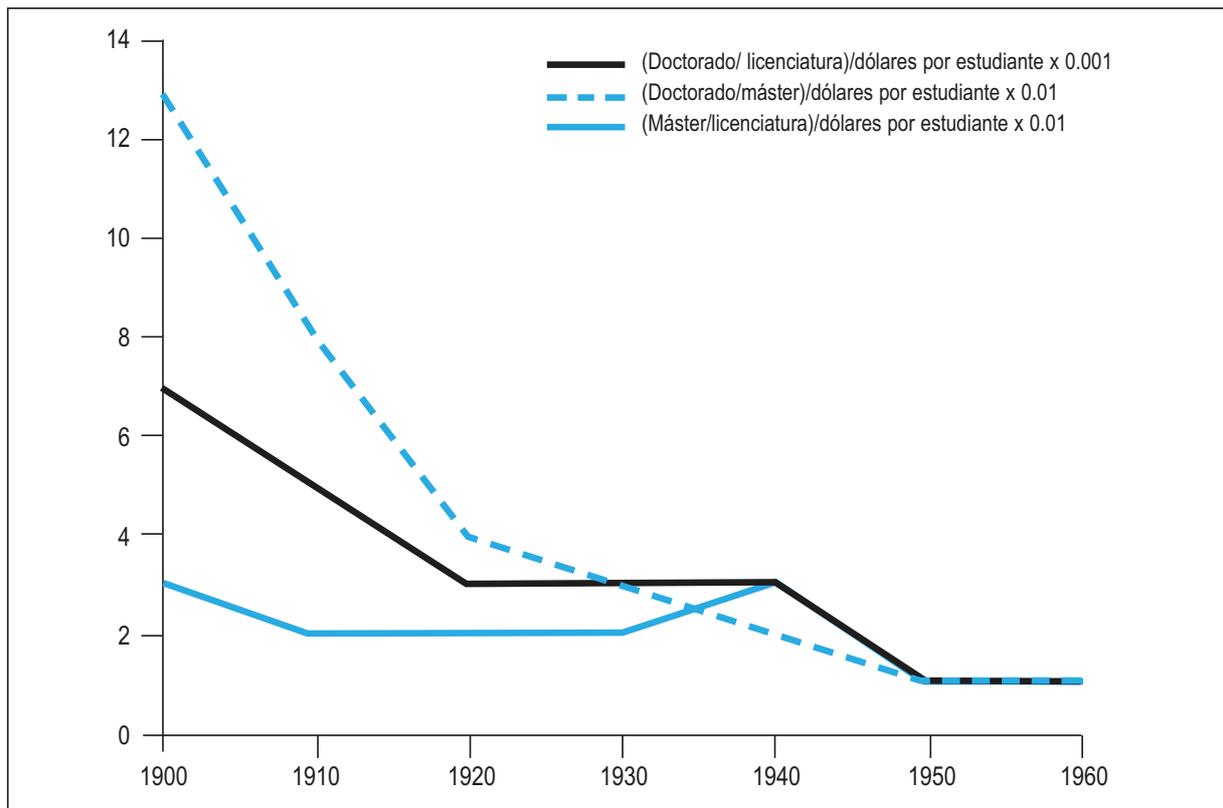
Al evaluar la productividad de la inversión en la investigación científica a través de un indicador como la emisión de patentes, la productividad en el largo plazo parece disminuir. La patente puede ser considerada una forma controvertida de medir la productividad de la investigación,⁶ por lo que se pueden utilizar indicadores menos discutidos en campos como el de la medicina, en el que el rendimiento de las inversiones puede ser más fácilmente eva-

⁵ El EROEI mide la ratio entre la energía cedida por una determinada fuente a lo largo de su ciclo de vida y la energía necesaria para construir, mantener y desmantelar las plantas de extracción.

⁶ Como han argumentado autores como Machlup, Schmookler y Griliches.

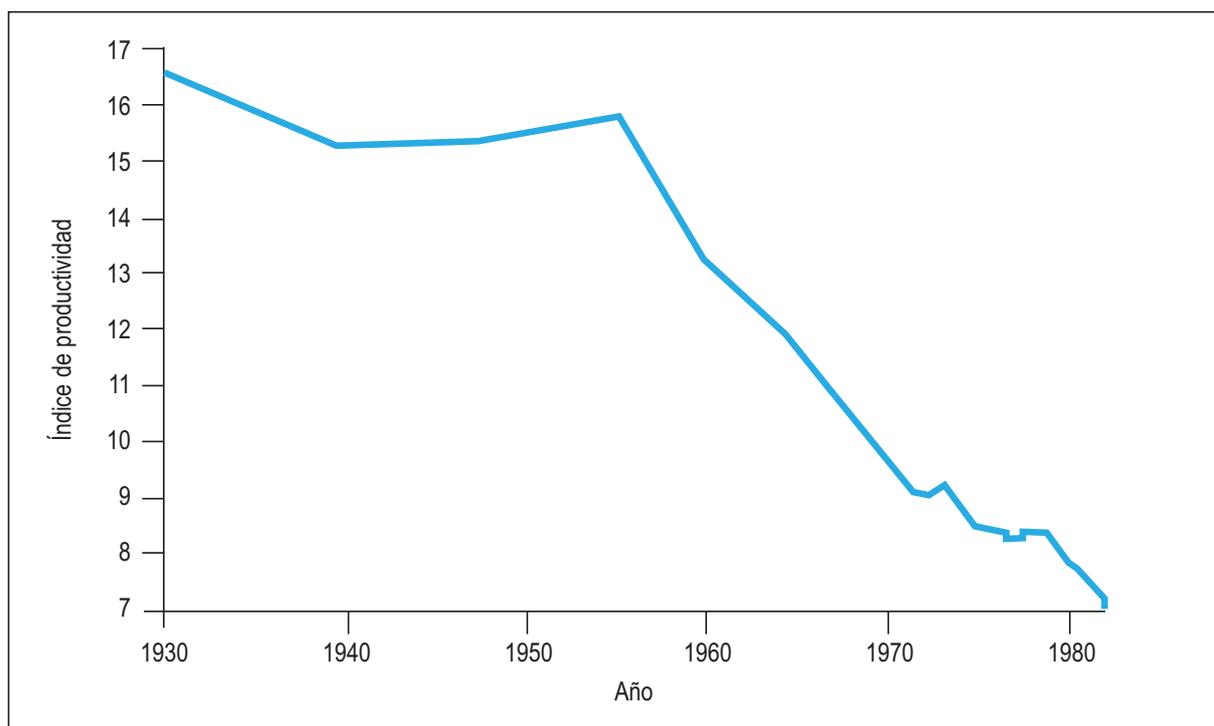
luado. En el período de 52 años que abarca el gráfico 3 (p. 107), la productividad del sistema sanitario americano ha mejorado la expectativa de vida, mientras que el índice de productividad ha bajado casi en un 60%. Esto se explica porque generalmente lo primero que se aborda son las enfermedades más fáciles de curar -la investigación inicial, menos avanzada, que llevó a la utilización de la penicilina, por ejemplo, no costó más de 20.000 \$- frente a aquellas otras más difíciles y costosas de remediar.

**Gráfico 2. Productividad de la educación
1900-1960**



Algunos datos empíricos: PIB, ISEW, GPI

Hemos visto que la hipótesis se contrasta relativamente bien de manera general (también respecto a algunas instituciones importantes). Trataremos ahora de integrarla de forma más completa en el contexto actual. Esta tentativa choca, sin embargo, con el hecho de que no disponemos de un índice agregado capaz de evaluar la evolución temporal del bienestar social. El índice normalmente utilizado para tal fin, el PIB, es en realidad poco adecuado como indicador de bienestar en cuanto que mide los diferentes tipos de transacciones que ocurren en el mercado con independencia de que sean beneficiosas o dañinas en términos de bienestar. Al aumentar los desastres medioambientales, las guerras o los casos en los que se padece cáncer, paradójicamente, también lo hace el PIB.

Gráfico 3. Índice de la productividad del sistema sanitario norteamericano

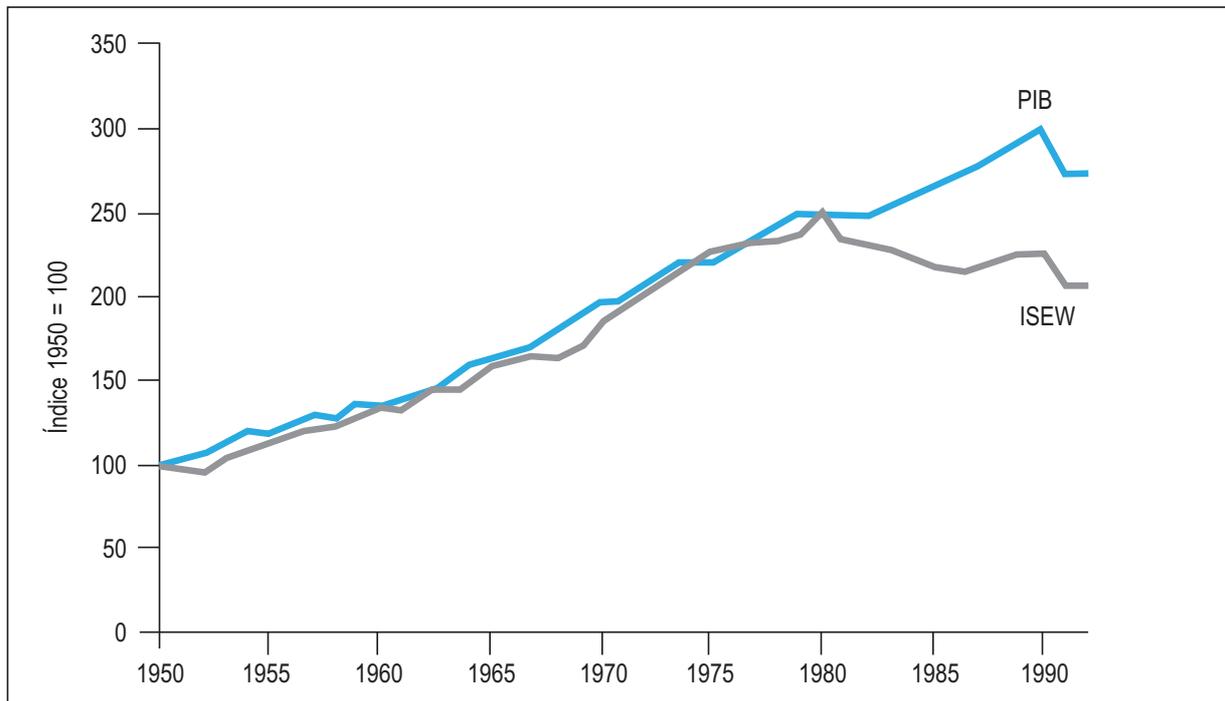
Fruto de esas limitaciones del PIB, desde finales de los años ochenta se han desarrollado una serie de indicadores alternativos, como el Índice del Bienestar Económico Sostenible (ISEW, por sus siglas en inglés), el Índice de Progreso Genuino (GPI) y el índice del Beneficio Neto Sostenible, que apuntan hacia la superación de los límites del PIB como medida del bienestar que elude los costes sociales y medioambientales.⁷

En el gráfico 4 (p. 108) se muestra la evolución de los indicadores ISEW y PIB en seis países de la UE durante el período 1950-1992. Puede apreciarse que entre las décadas de los cincuenta hasta los setenta el crecimiento de ambos índices fue análogo. Al entrar en la segunda mitad de los años setenta, sin embargo, la separación se hace evidente: mientras que el PIB sigue su crecimiento sustancialmente uniforme, el ISEW ofrece unos incrementos cada vez menores, llegando después incluso a caer en términos absolutos a partir de los años ochenta. Aunque con algunas diferencias, también los datos relativos para otros países –como el caso de EEUU– confirman esta tendencia.

En síntesis, a pesar de que las investigaciones realizadas hasta la actualidad no son todavía suficientes para extraer conclusiones definitivas, los datos parecerían confirmar que las economías avanzadas, aproximadamente desde la mitad de los años setenta, han entrado en una senda de DMR. Parece claro que la evolución del ingreso en la economía de países

⁷ A. P. Lawn, «An Assessment of the valuation methods used to calculate the Index of Sustainable Economic Welfare (ISEW), Genuine Progress Indicator (GPI), and Sustainable Net Benefit Index (SNBI)», *Environment, Development and Sustainability*, vol. 7, 2005, pp. 185-208.

Gráfico 4. Divergencia entre la evolución del PIB y el Índice de Bienestar Económico Sostenible (ISEW)



emergentes (como China, India y Brasil, que se mantienen aún en una fase de rendimientos crecientes) puede llevar a cierta compensación del declive observado en los EEUU y, aún más marcadamente, en Europa y en Japón. Sin embargo, el hecho de que exista un desfase temporal entre los distintos países, debido a que algunos están todavía atravesando una fase de rendimientos crecientes, no invalida nuestra hipótesis. Por otro lado, si se evaluara los límites que el agotamiento de los combustibles fósiles impondrá a la hora de desplegar plenamente las potencialidades de crecimiento, es probable que estas economías entren anticipadamente en una fase de DMR. Por tanto, el debate acerca de los tiempos y las posibles trayectorias evolutivas queda obviamente abierto.

Además de estos primeros datos cuantitativos, debemos señalar que las claves para comprender cómo las SCA han entrado ya en una fase de DMR vienen marcadas, en nuestra opinión, por algunas transformaciones importantes, entre las que se encuentran las siguientes: el paso del sistema fordista a la economía terciaria, la fragmentación progresiva de los Estados y, por último, la crisis de la deuda pública.

DMR y las transformaciones del sistema de acumulación del capital

La crisis que sufrió la economía mundial entre 1968 y 1973 marcó el tránsito entre dos modelos de acumulación capitalista. El primero, que se fue desarrollando desde el comien-

zo del siglo pasado gracias a la forma de la gran empresa oligopolística y que después se consolidaría con el advenimiento de la sociedad de consumo de masas durante la segunda posguerra, se conoció como keynesiano/fordista. Un modelo caracterizado por la presencia de grandes empresas que se integraban verticalmente y a través de las que se garantizaban incrementos significativos de productividad y, derivado de ello, condiciones de trabajo y de acumulación notablemente estables. La crisis de los primeros años setenta marca el paso de este modelo a otro bien distinto que, gracias a Harvey, podemos definir como un modelo de acumulación flexible. Las diferencias entre estas dos fases son tan profundas que han sido evidenciadas por todos los analistas aunque utilicen lenguajes muy distintos. No se trata de una casualidad que este hecho coincida con el período en que todas las economías avanzadas entran en una fase de rendimientos decrecientes.

Una característica esencial de la nueva “economía terciarizada” es que está centrada en un conjunto de servicios “cualitativos”, no estandarizables, modelados sobre la base de una relación personal, como bien ilustran las tareas de cuidado a las personas; pero, en todo caso, no susceptibles de generar aquellas economías de escala típicas de la producción fordista.⁸ Este es el punto clave que los modelos económicos ortodoxos, desprovistos de una perspectiva de complejidad, no logran capturar en sus análisis. La mayor complejidad relacional y organizativa se traduce, de hecho, en un freno para la productividad que impide a las SCA mantener los niveles de crecimiento precedentes, abriendo así una nueva fase de rendimientos decrecientes.

A pesar de toda la retórica desplegada con el nuevo sistema terciarizado, y de que en un primer momento el paso dado desde las viejas fábricas “humeantes” a la nueva economía de los servicios ha aportado alguna ventaja, al menos en términos de calidad de la vida urbana, en el largo plazo la mayor complejidad organizativa se ha traducido en una sustancial pérdida de eficiencia.

También en este sentido las transformaciones sufridas dentro del mundo del trabajo pueden explicarse de una manera más convincente. Desde el año 1970 hemos asistido a una compresión de los salarios que ha continuado hasta el día de hoy. Además de ello, en los últimos treinta años el mundo laboral ha sufrido una transformación, en términos cualitativos, que ha modificado sustancialmente la *manera* de trabajar. Los cambios relacionados con el capitalismo cognitivo han terminado por ocupar espacios cada vez más amplios de la vida y de la capacidad de las personas. El aumento del tiempo de trabajo, de los desplazamientos necesarios, el trabajo a destajo, precario y por proyecto, son sólo algunos fenómenos que confirman cuánto ha aumentado la presión sobre los trabajadores en la etapa señalada de rendimientos decrecientes. De hecho, en este marco, no podía ser de otra manera.

⁸ R. Boyer y J. Mistral, *Accumulazione, inflazione, crisi*, Il Mulino, Bologna, 1985.

Fragmentación de los Estados y el colapso del bloque soviético

Desde el siglo XVIII hasta aproximadamente los años setenta del siglo pasado, los Estados aumentaron progresivamente su peso y las funciones que desempeñaban. Independientemente de las coyunturas económicas o políticas del momento, este proceso hizo que muchos de los parámetros fundamentales que regulaban la existencia de los ciudadanos modernos dependieran en cierta manera de las actividades del Estado.⁹ Este proceso se vio interrumpido en los años setenta. A partir de ese momento, se observó una doble dinámica de erosión en los Estados nacionales. Por un lado, la concesión de crecientes cuotas de soberanía a entidades supranacionales (impulsada por los procesos de globalización); por el otro, una verdadera e importante fragmentación en favor de entidades menores. Se ve suficientemente claro cuando observamos que Naciones Unidas, que hace tiempo contaba con tan solo 51 Estados, hoy en día cuenta con 192 miembros.¹⁰

La caída del comunismo en Europa impulsó la desintegración de los países del antiguo bloque soviético, de manera que a partir del año 1991 «se formaron más Estados nacionales que en cualquier otro momento del siglo XX».¹¹ En algunos países como en Afganistán, o en distintas zonas de África, el proceso de descomposición que comenzó en las décadas ochenta y noventa no ha llevado tanto a la formación de nuevos Estados más pequeños como a una situación de sustancial “anarquía”.

También el reciente resurgir de movimientos separatistas y en favor de la autonomía puede ser leído desde una misma perspectiva. Se ha tratado principalmente de un fenómeno europeo, observable en distintos países como Gran Bretaña, España, Italia, Bélgica, hasta en Suiza y Dinamarca, pero también fuera de Europa en Canadá y, naturalmente, en la antigua Yugoslavia. Debemos mencionar también el derrumbamiento del bloque soviético entre 1989 y 1991 y, a pesar de que sea prematuro sacar conclusiones definitivas al respecto, esta correlación no puede pasar desapercibida: la desintegración de las sociedades complejas, y su reintegración en unidades más simples, es de hecho la primera señal del colapso que sigue a una fase de DMR. No debe sorprendernos que en un marco como ese sean las entidades más amplias, más débiles económicamente hablando y más rígidamente estructuradas, las que tiendan a caer primero.

⁹ E. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 665.

¹⁰ D. Harvey, *L'enigma del capitale*, Feltrinelli, Milán, 2011, p. 211.

¹¹ E. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 496.

El declive del Estado de bienestar y la crisis de la deuda pública

Por tanto, a pesar de que el proceso de DMR no haya tenido consecuencias macroscópicas en la organización estatal de las naciones más fuertes, indicios de crisis no faltan. La manera en que el proceso se manifiesta en las naciones más ricas se puede definir como crisis del Estado social o como un creciente endeudamiento de la esfera pública. Según las estadísticas oficiales, desde hace tres décadas en las principales economías mundiales el incremento de la deuda supera el crecimiento del PIB. Y no se trata únicamente de un dato coyuntural. Es interesante observar que tal aumento se ha producido independientemente, y a pesar, de las sugerencias procedentes de las élites hacia el gobierno con respecto a las políticas de gasto público a aplicar.

Cuando a partir de los años ochenta, en la ola de las reformas neoliberales de los gobiernos Thatcher y Reagan, se afianzaron las teorías “del Estado mínimo”, sostenidas también por el FMI y por el Banco Mundial, la deuda pública casi se duplicó a nivel mundial.

Es cierto que también en el pasado se habían dado las condiciones que hacen aumentar estructuralmente la deuda pública, pero esto ocurría básicamente durante períodos bélicos. Ahora en cambio, se observan incrementos sistemáticos de la ratio deuda/PIB no solo en condiciones de paz, sino también bajo gobiernos contrarios al endeudamiento. Y esto es la primera vez que ocurre en la historia del capitalismo

Escenarios

Si nuestra hipótesis es correcta, el resultado de las dinámicas de DMR que hemos descrito en los párrafos anteriores no puede sino generar una crisis en las instituciones fundadoras de la sociedad capitalista, abriendo lo que se podría denominar como una *gran transformación*. Sin embargo, desde la perspectiva del análisis complejo no hay sólo un posible resultado de este proceso, sino más bien una amplia pluralidad de escenarios. Sobre ellos centraremos nuestra atención a continuación.

Escenario 1: Colapso (el Imperio romano)

Siguiendo a Tainter,¹² por colapso se entiende una rápida y significativa pérdida de complejidad relativa del sistema así como de las principales organizaciones que lo componen. Un

¹² J. Tainter, *op. cit.*, p. 4.

ejemplo clásico que lo evidencia es el colapso del Imperio romano que explicaremos brevemente.

En los primeros siglos, aproximadamente desde los orígenes hasta Augusto (I siglo d. C.), los territorios y los pueblos conquistados por Roma eran relativamente ricos: alta tasa de retorno de las campañas militares que permitían reinvertir el excedente conseguido, reforzando posteriormente el aparato militar (*feedback* o retroalimentación positiva). Sin embargo, cada nuevo territorio conquistado tenía que ser administrado y defendido. Al crecer las dimensiones del Imperio aumentaban los costes derivados del aparato militar y de gobierno. Desde los años de Nerón los recursos procedentes de la tasación de los excedentes agrícolas apenas fueron ya suficientes para cubrir los gastos de mantenimiento del imperio. Acontecimientos excepcionales, como las guerras, eran financiados a través de una depreciación de la moneda, norma que llegó a ser difundida y conocida por muchos.¹³

En los cincuenta años que trascurren desde el 230 al 284 d. C. la crisis se manifestó con toda su intensidad. Hubo guerras civiles, continuos complots, etc., y además, numerosas ciudades y territorios fronterizos fueron saqueados y devastados. ¿Cuál fue la respuesta del imperio frente a esta crítica situación? Una mayor complejidad del aparato burocrático-militar. Las dimensiones del ejército fueron duplicadas, y bajo el mando de Constantino y Diocleciano, los impuestos se aumentaron para hacer frente a la mayor complejidad del aparato burocrático-militar que aumentaba el coste hasta el punto de reintroducir formas de trabajo forzado. Cada pueblo era responsable de la carga fiscal que se establecía en cada uno de ellos y, en caso de incumplimiento, los pueblos cercanos eran llamados a proveer los recursos necesarios. Aplastados por la tasación, los campesinos se vieron obligados a abandonar las tierras y refugiarse bajo la protección de señores locales, desatando de esta manera una retroalimentación positiva entre la reducción de las entradas de la recaudación procedente de la tasación del cultivo de la tierra y el endurecimiento de la tasación. Hacia el año 400 d. C. la mayor parte de las tierras de la Galia e Italia pertenecían a 20 familias senatoriales: las premisas para el colapso militar del siglo V ya estaban presentes... Y cuando faltaron los recursos financieros para sostener el ejército mercenario el colapso se manifestó con toda su fuerza (410 d. C.).¹⁴

Aproximadamente a partir de la época de Augusto, lo que era un proceso virtuoso (una retroalimentación positiva) se invierte y el Imperio entra en una fase de DMR. Sin embargo, como se extrae también de los documentos históricos de la época, las élites no mos-

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ S. Williams, G. Friell, *Theodosius: the Empire at Bay*, Yale University Press, New Haven, 1994.

traron conciencia alguna sobre ello y, en este sentido, las primeras derrotas militares llegaron de manera totalmente inesperada e incomprensible (claro ejemplo es la batalla de Teutoburgo, en el año 9 d. C.). Y a pesar de ello, no se produjo cambio de estrategia alguno, al contrario, el Imperio respondió con una mayor complejidad, lo que finalmente determinó su fin.

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros períodos,
en la actualidad no disponemos de nuevas fronteras y
continentes de los que sacar nuevos recursos

Escenario 2: Nueva expansión (Europa 1500-1700)

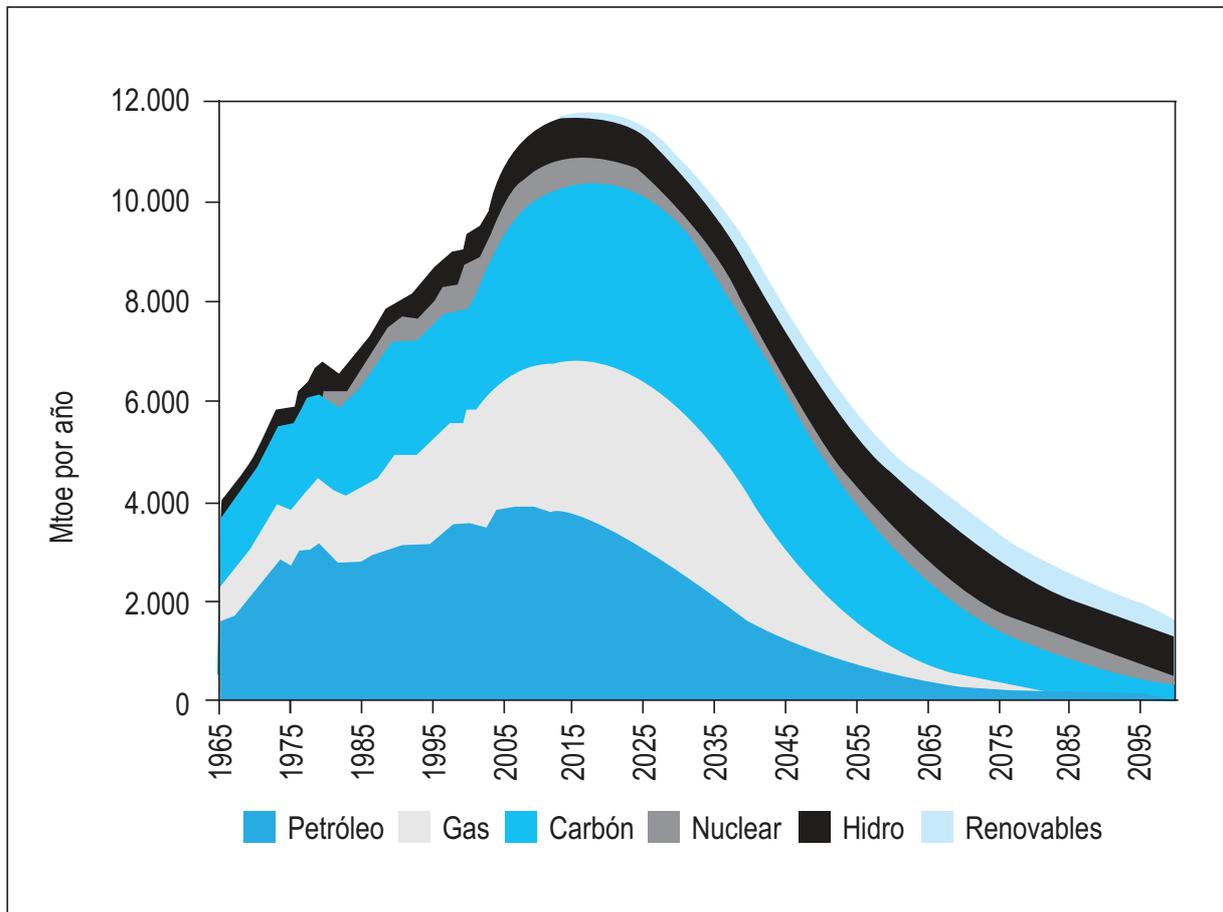
Hay una razón por la que Europa cree en el crecimiento ilimitado y es que lo ha experimentado durante mucho tiempo en el transcurso de la historia moderna. Estudios diversos muestran que la carrera armamentista de los Estados europeos en el período 1500-1700, cuando las guerras se multiplicaron en el continente a un ritmo vertiginoso, no hubiera sido posible algunos siglos antes.¹⁵ Desde el año 1630 hasta 1660, a causa de las innovaciones y de las nuevas técnicas militares, el coste de un soldado armado creció considerablemente (hasta un 500%).¹⁶ A pesar del aumento exponencial de los gastos y del número de los conflictos, las potencias europeas lograron sostener un incremento que iba más allá del límite de los recursos disponibles. ¿Cómo fue posible? En parte gracias al endeudamiento, pero sobre todo gracias a las colonias de ultramar. En otras palabras, el coste de la competición armada en Europa en la Edad Moderna fue sostenido gracias a una gran fuente de recursos energéticos y materiales externos al sistema. Se trata de un punto metodológicamente fundamental en el análisis del colapso de las sociedades complejas.

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros períodos, en la actualidad no disponemos de nuevas fronteras y continentes de los que sacar nuevos recursos. Antes bien, los espacios continentales a los que ahora tenemos acceso están por el contrario sujetos a un proceso de agotamiento relativamente rápido, por lo que esperar una nueva expansión no parece para nada realista.

¹⁵ J. Tainter, *op. cit.*

¹⁶ M. V. Creveld, *Technology and War, from 2000 B.C. to the Present*, The Free Press, Nueva York, 1989.

**Gráfico 5. Pico de recursos energéticos.
Declive posible de la oferta de energía mundial total**



El gráfico muestra la evolución de la cantidad total de energía que se estima queda disponible a nivel mundial. Los valores han sido obtenidos sumando las diversas fuentes energéticas: petróleo, gas, carbón, hidroeléctrica, nuclear y fuentes renovables.¹⁷ Como se puede observar el pico global se ha previsto que se sitúe en torno al año 2025. Naturalmente estas estimaciones están sujetas a márgenes de incertidumbre todavía bastante amplios.¹⁸ Sin embargo, marcan un punto importante en nuestra reflexión, dado que, a menos que se produzcan innovaciones *prometeicas*, en algunas décadas el mundo se enfrentará a una importante reducción en la cantidad de energía disponible total. En estas condiciones cualquier fase significativa de expansión, o con un crecimiento al ritmo de décadas recientes –lo que se conoce como el escenario *business as usual*–, es inimaginable en la actualidad.

¹⁷ Las proyecciones del investigador canadiense Paul Chefurka fueron retomadas por Richard Douthwaite en el ensayo «*Degrowth and the supply of money in an energy-scarce world*» que fue publicado en *Ecological Economics*, artículo en prensa, 2011.

¹⁸ Siguen igualmente abiertas las estimaciones acerca de la capacidad de las renovables en relación con la posibilidad de sustituir las fuentes tradicionales. Sin embargo, en general y partiendo los mismos porcentajes extremadamente reducidos, no parecen capaces de lograrlo dentro del pico principalmente a causa de la competición en precios ejercida por el carbón. En todo caso, sobre ello existe amplia literatura especializada.

Escenario 3: Fortaleza. Involuciones autoritarias y ecofascismo

Las dramáticas transformaciones que se encuentran implícitas en este escenario no son solo una amenaza para nuestro futuro, pertenecen también a nuestro pasado. Como nos ha recordado magistralmente Karl Polanyi, las sociedades capitalistas han conocido, al menos una vez, una *gran transformación* de este tipo. Para Polanyi, el proceso de mercantilización al que ha estado sujeto el cuerpo social por las dinámicas particulares del mercado autorregulado produce un conjunto de reacciones defensivas, en particular durante los períodos de crisis económica. Después de la gran crisis del año 1929, con el agravio que supuso el desempleo, el malestar social creció rápidamente amplificando las reacciones que se sucedían. La crisis, el proteccionismo, la legislación social, las consiguientes tensiones sobre los salarios y la inestabilidad de la moneda, determinaron la conformación de un bloque institucional sobre el que se insertaría la “jugada” fascista.

No por casualidad el fascismo se instauró de manera similar en distintos países y en contextos históricos y culturales extremadamente diversos: en países vencidos por la gran guerra –como Bulgaria– y en otros vencedores –como Yugoslavia e Italia–, en países de cultura nórdica –como Finlandia y Noruega–, y meridional –como España–, en países de cultura europea –como Alemania, Inglaterra o Bélgica–, y no europea –como Japón o Palestina–. Más que de un gran movimiento de masas, se trató –al menos en las fases iniciales– de una “jugada”, en el sentido de que se trató de una falsa revolución organizada con la tácita aprobación de las autoridades y del gran capital. La rapidez y oportunismo con la cual se afirmó, nos ayuda a entender el fascismo como la respuesta a una situación contingente, y esta condición se dio por el colapso del sistema de mercado autorregulado.

La intervención de las autoridades y la política económica durante los años 2007-2009 de la crisis, aunque fueron muy cuestionables, permitieron evitar que la historia se sucediera de manera similar a lo acontecido en los años treinta. Por otra parte, las autoridades no parecen capaces de relanzar el crecimiento, y ello significa que los problemas del desempleo y de la exclusión social llegarán a ser crónicos en las SCA. Esto podría dar lugar con el tiempo a tentaciones autoritarias; de hecho, ya están en curso derivaciones tecnócratas. Y las exigencias del control de una sociedad cada vez más compleja e inestable no podrán más que fortalecer estas tendencias.

El punto crucial, en nuestra opinión, se encuentra a la vista ante la perspectiva del agotamiento de los recursos naturales. Este escenario, que como hemos visto podría materializarse en tiempos relativamente breves, implicando exigencias evidentes y crecientes de control sobre los abastecimientos y el racionamiento de recursos, vuelve a colocarnos frente a una hipótesis de gestión autoritaria. Para evitar esta deriva, es fundamental que durante los años que nos separan todavía de este escenario el grado de conciencia y autonomía

permitan construir alternativas desde abajo, en los territorios y en las instituciones de la sociedad civil.

Escenario 4: Resiliencia (el Imperio de Bizancio, siglos V-XI)

La historia del Imperio bizantino es muy distinta de la del Imperio romano. El primero sobrevivió a la crisis del siglo V. Si es posible sintetizar en pocas palabras la estrategia bizantina que se siguió, esta sería *simplificación sistemática y descentralización*. Las pagas de los militares fueron inmediatamente reducidas a la mitad y después, aún más, en el siglo VII. Por último, las tierras fueron dadas en consignación hereditaria a soldados y campesinos que se reorganizaron según un modelo de pequeños feudos autosuficientes.

Después de una larga crisis y de extenuantes guerras, en el siglo XI el Imperio había extendido nuevamente sus confines hasta el Danubio. Naturalmente, es discutible si el caso bizantino constituye un ejemplo claro de “autonomía” en el sentido de Castoriadis, sin embargo, no hay duda alguna de que se trató de una respuesta más resiliente y eficaz respecto a la de Roma.

Algunas perspectivas

Razonar en una perspectiva de DMR es fundamental, tanto para interpretar el recorrido seguido por las SCA como para orientarnos ante los posibles escenarios del futuro, y poder construir así una estrategia compartida de cambio plural.

De todo ello extraemos una buena noticia y es que el sistema capitalista y sus instituciones fundamentales no pueden sobrevivir en un contexto de estado estacionario o de decrecimiento real. Es lo que David Harvey llamó «la regla del 3%»: el capitalismo no puede funcionar si no es capaz de ofrecer a los agentes económicos por lo menos unas expectativas de crecimiento del 3%. Tal vez sea un poco reduccionista, pero creo que en lo fundamental Harvey tiene razón.

Imaginemos entonces, para concluir, lo que podría significar una situación de decrecimiento real post-pico: la reducción generalizada de la producción, y las expectativas de un declive posterior, significaría que para las empresas no es conveniente –además de ser demasiado arriesgado– desarrollar su propia actividad según las reglas actuales. El futuro abrirá escenarios hoy difíciles de imaginar, pero que podrán también significar un camino hacia la nacionalización y la asunción del control de algunas actividades económicas por parte de los territorios a través de las organizaciones de la sociedad civil.

Si las hipótesis que hemos formulado son correctas, los próximos 10 ó 20 años serán décadas de gran inestabilidad debido al agravamiento del conflicto social y la deslegitimación del imaginario dominante. El sistema prometerá un crecimiento que no podrá mantener. Hasta ahora los saltos de escala dimensional que ha sufrido el sistema han estado acompañados de un proceso de internalización, es decir, han estado ligados a la asunción progresiva de nuevas funciones por parte del Estado social.¹⁹ No solo será imposible hacerlo, sino que las funciones del bienestar serán sometidas con mayor presión a un proceso de desmantelamiento.

Es importante tener esta perspectiva de fondo, porque, si el cuadro que hemos determinado es correcto, *no estaremos lejos de una gran transformación*. Por ello, los próximos años tendrán que dedicarse ante todo a construir un tipo de economía y de sociedad alternativa y participada (imaginando nuevos sistemas de evaluación del bienestar, nuevas empresas de transición, un nuevo bienestar para la comunidad, nuevas redes de economía solidaria, etc.) para que, en el momento en el que la crisis alcance su culminación, estas alternativas nos permitan evitar soluciones autoritarias, encaminándonos, en su lugar, hacia la sociedad sostenible, resiliente y autónoma con la que soñamos.

¹⁹ G. Arrighi, *Il lungo XX secolo. Potere, denaro e le origini del nostro tempo*, EST Ed., 1999 (ed. or. 1994).